



Visita  
al territorio de

# Anne C. Bomann



Si me jubilaba con setenta y dos años me quedarían cinco meses de trabajo. Tiempo que correspondería a veintidós semanas, luego, contando con que todos mis pacientes acudieran, me quedaban exactamente ochocientas conversaciones. Que por supuesto serían menos en caso de anulaciones o enfermedad. A pesar de todo, ahí había cierto consuelo.

Me hallaba sentado en el salón mirando por la ventana cuando ocurrió. Sobre la alfombra, el sol de primavera formaba cuatro cuadrados escalonados y se desplazaba lenta pero decididamente por encima de mis pies. Junto a mí descansaba una primera edición sin abrir de *La nausée* que desde hacía años intentaba empezar. Las piernas de ella eran flacas y pálidas, y me sorprendió que la hubiesen dejado salir con tan solo un vestido en época tan temprana del año. Había dibujado en la calle las ventanas de una rayuela y saltaba muy concentrada, primero sobre una pierna, después sobre ambas, para cambiar de nuevo. Llevaba el pelo recogido en dos coletas, tendría unos siete años y vivía más arriba de la calle, en el número cuatro, con su madre y una hermana mayor.

En este punto podría pensarse que yo era una especie de ejemplar único que filosofaba sentado a la ventana todo el día, contemplando cosas de mayor envidia que el tejo de la rayuela y el recorrido del sol por el suelo. Pues no. La verdad era que yo me sentaba ahí porque no tenía nada mejor que hacer, y también a causa de esa especie de vitalidad afirmativa de aquellas exclamaciones triunfantes que en ciertas ocasiones penetraban en mí cuando la niña había ejecutado una combinación de saltos especialmente difícil.

En un momento dado me levanté para prepararme una taza de té y al volver a mi puesto vi que ella no estaba. Seguro que se le habría ocurrido otro juego más divertido, pensé; ambas, piedra y tiza, habían quedado en medio de la calle.

Y entonces ocurrió. Acababa de colocar la taza en el alféizar de la ventana para que se enfriara y extender la mantita sobre mis rodillas cuando vi caer algo en los márgenes de mi campo de visión. Al mismo tiempo que un grito estridente me alcanzaba, logré poner de nuevo en pie mi cuerpo rígido y me aproximé a la ventana todo lo que pude. Ella yacía a la derecha, un poco más abajo de la calle, al pie de un árbol donde comienza el sendero que conduce al lago. Sentado arriba, sobre una de las ramas, atisbé un gato que hacía oscilar la cola. Debajo, la niña se había incorporado hasta sentarse con la espalda apoyada en el tronco mientras se agarraba un tobillo gimiendo entre hipidos.

Retiré mi cabeza. ¿Debía ir con ella? Yo no había hablado con un niño desde que era uno de ellos, y eso no cuenta. Pero ¿no le causaría mayor disgusto que de pronto apareciese un hombre a quien no conocía para intentar consolarla? Eché otro vistazo furtivo afuera; seguía sentada en la hierba con el rostro lloroso alzado y la mirada puesta calle arriba más allá de mi casa.

Mejor sería que nadie me viese. ¿Acaso no es doctor?, comentarían entre sí, ¿y qué hace entonces ahí parado mirando? De manera que me llevé la taza de té para ir a sentarme frente a la mesa de la cocina. Pero aunque me repetía a mí mismo que dentro de un momento la niña se levantaría e iría cojeando hasta su casa sin mayor

problema, permanecí sentado igual que un prófugo en mi propia cocina mientras pasaban las horas. El té se enfrió y enturbió, y la oscuridad cayó antes de que por fin me escabullese de vuelta al salón y medio oculto tras la cortina escrutase la calle abajo. Por supuesto ella ya no estaba.

Desde que la contraté, Madame Surrugue me recibía cada mañana de la misma manera. Día tras día aparecía sentada tras el gran escritorio de caoba como una reina en su trono y cuando yo entraba por la puerta descendía de él para tomar mi bastón y mi abrigo mientras yo dejaba el sombrero en el estante por encima de la hilera de perchas. Entretanto, ella me ponía al corriente de la agenda del día y al final me entregaba una pila de historiales, que el resto del tiempo permanecían pulcramente archivados en una enorme estantería modular detrás del escritorio. Intercambiábamos algunas palabras más y después no volvíamos a vernos por lo general antes de la una menos cuarto, momento en el que me ausentaba del despacho para comer en un restaurante mediocre de los alrededores.

Al regresar la encontraba siempre sentada exactamente igual que la había dejado, y a veces me daba por pensar si ella comería. Yo no detectaba olor a comida y jamás vi nada parecido a una miga debajo de su escritorio. ¿Realmente Madame Surrugue no necesitaría alimentarse para vivir?

Aquella mañana me contó que una mujer alemana había telefoneado con el fin de pasar más tarde a pedir cita.

«He hablado con el doctor Durand del caso. Según parece estuvo ingresada hace pocos años en Saint Stéphane por manía aguda e intento de suicidio».

«No», dije categórico, «no podemos aceptarla. Su tratamiento durará años».

«El doctor Durand opina además que debería volver a ingresar, pero por lo visto ella insiste en que la trate usted. ¿Podría buscarle un hueco en la agenda sin demasiado problema?».

Madame Surrugue me dirigió una mirada interrogativa, pero yo sacudí la cabeza.

«No, no puede ser. Haga el favor de pedirle que busque ayuda en otro sitio».

Cuando llegue el día de mi retiro habré ejercido cerca de medio siglo, tiempo más que suficiente. Lo último que necesitaba era una nueva paciente.

Madame Surrugue continuó mirándome todavía un momento, aunque luego prosiguió su repaso de la jornada sin insistir en el tema.

«Muy bien, se lo agradezco», dije, y tomé de ella la pila de historiales para dirigirme después a mi despacho. Se hallaba al fondo, en el extremo opuesto de la amplia antesala donde reinaba Madame Surrugue y los pacientes se sentaban a esperar su turno. De ese modo no me distraían durante mi trabajo ni el repiqueteo de la máquina de mi secretaria ni las posibles conversaciones entre los pacientes y ella.

Mi primera paciente, una mujer adusta de nombre Madame Gainsbourg, precisamente acababa de llegar y sentada hojeaba una de las revistas que Madame Surrugue traía de vez en cuando. Exhalé un profundo suspiro y me recordé a mí mismo que después de ella solo me quedarían setecientas cincuenta y tres conversaciones más.

La jornada transcurrió sin puntos de inflexión hasta que regresé al despacho después del almuerzo. Entonces estuve a punto de chocar con una mujer morena, de palidez mortal, parada justo detrás de la puerta de entrada, y me disculpé por la torpeza. La mujer era llamativamente delgada y tenía unos ojos enormes en su rostro afilado.

«No se disculpe, soy yo la que está en medio», dijo, y se adentró en la sala. «He venido a pedir cita».

Hablaba con un inconfundible acento y comprendí que debía de tratarse de la mujer alemana. Apretaba contra su pecho una carpeta con el logotipo de Saint Stéphane.

«Me temo que no va a ser posible», respondí, sin embargo la mujer dio de inmediato un paso hacia delante y me dijo con encarecimiento:

«Es de vital importancia que obtenga cita. Lamento mucho importunarlo, pero no tengo otro sitio al que acudir. Si usted fuera tan amable de ayudarme».

De manera instintiva retrocedí. Sus ojos pardos brillaban como si tuviese fiebre y la mirada era tan intensa que me sentía como si me hubiera agarrado un brazo. Sin duda alguna habría que batallar para librarse de ella otra vez, y yo no disponía de tiempo ni fuerzas en ese momento. Hice un gesto en dirección a Madame Surrugue intentando esbozar una sonrisa amable.

«Si me acompaña por aquí», dije, y bordeé a la mujer de soslayo, «mi secretaria le explicará los pormenores».

Madame Surrugue tenía la culpa de que a la mujer se le hubiese ocurrido aparecer por allí, así que ahora lo propio era que ella misma la rechazara de nuevo.

Me escabullí pasando junto a la mujer, que por fortuna me acompañó hasta el escritorio, y allí la dejé delante de Madame Surrugue con una mirada elocuente.

Mi secretaria alzó la ceja izquierda unos milímetros.

«¿Le importaría ocuparse del asunto, Madame Surrugue?», le solicité, moví la cabeza rígido en señal de despedida y me apresuré al refugio de mi despacho.

Sin embargo, la imagen de la mujer pálida permaneció en mí, y el resto de la jornada sentí como si el rastro de su perfume hubiese quedado flotando en el aire y formara remolinos igual que el polvo cada vez que yo abría mi puerta.

El tiempo corría a través de mí igual que agua por un filtro oxidado que a nadie le apeteciera cambiar. Era una tarde lluviosa de color plomizo. Había hablado ya con siete pacientes sin involucrarme lo más mínimo y solo me faltaba una antes de que pudiese irme a casa.

Antes de acompañar a Madame Almeida al interior del despacho, eché un vistazo a mi secretaria. Estaba sentada en completa quietud frente al ordenado escritorio mirando fijamente la mesa. El flexo arrojaba su sombra fosilizada sobre la pared detrás de ella, y parecía tan abatida que por un instante consideré si debía decirle algo. Pero ¿qué? En lugar de ello cerré la puerta tras de mí y me volví hacia la paciente.

Madame Almeida, que me sacaba casi una cabeza, circunstancia por la que siempre causaba bastante impresión, se desembarazó del paraguas y el chubasquero con frenéticos movimientos y se sentó en el diván. Alisó su falda color vómito y me lanzó una mirada de reproche a través de las gafitas que guardaban el equilibrio al borde de su nariz ganchuda.

«He tenido una semana espantosa, doctor», declaró, y se recostó en el diván. «No dejo de alterarme. Es cosa de los nervios, se lo aseguro a usted, y así se lo decía también a Bernard. “Bernard”, le dije, “¡me enervas cuando te quedas ahí sentado todo el día!”».

Madame Almeida siempre se enervaba, en ningún momento de su existencia tenía un período bueno. No parecía que la terapia le sirviera de nada en absoluto, y sin embargo acudía fielmente con paso firme dos veces por semana y me regañaba. Hasta la idea de que su vida pudiese mejorar parecía alterarla, y hablando con sinceridad no era fácil entender por qué ella seguía viniendo. Normalmente dejaba que hablase, aunque de vez en cuando intercalaba un comentario o probaba a hacer una interpretación, que ella ignoraba por completo.

«... y entonces ella dijo que yo le debía tres francos de la semana pasada, ¡habrase visto semejante descaro! Eso me llegó al alma y estuve a punto de marearme justo ahí en mitad de la tienda, pero entonces le dije a mi vez...».

Muchos años de entrenamiento me permitían emitir un murmullo en los momentos adecuados sin necesidad de escuchar verdaderamente, y con algo de suerte no llegaba a enterarme de una palabra antes de que se fuera.

Miré hacia abajo y vi que había atravesado el papel con la punta del lápiz de pura frustración. Entonces comencé una de mis caricaturas de aves.

«¡Porque aunque tenga los nervios delicados no aguanto la desvergüenza, ya se lo digo a usted!», dijo casi a voz en grito Madame Almeida. Fuera llovía con tal violencia en ese instante que no era posible ver a través de las ventanas nada más que contornos imprecisos y, por desgracia, los golpes de las gotas contra los cristales no hacían sino animar a mi paciente a hablar a un volumen todavía mayor de lo habitual.

Por lo visto estaba destinado a soportar trivialidades, pensé resignado mientras me fijaba en una zona de su coronilla que aparecía sospechosamente rala. Me regocijé el hecho de que pudiera estar quedándose calva y que en tal caso yo lo hubiese sabido mucho antes que ella. De inmediato añadí aquel detalle a mi dibujo. Me imaginaba el día en que viese un destello de sí misma desde atrás capturado entre un espejo y un cristal, cómo sus gruesos dedos palparían febriles el lugar, apartando el pelo para dejar al descubierto el cuero cabelludo mientras gritaba: «¡Bernard! ¿Cómo no me has dicho nada, Bernard?». Y así, de un modo u otro, transcurrió otra hora de mi vida. Madame Almeida me agradeció la sesión y sujeté la puerta para que pasase mientras daba la vuelta al bloc cuidadosamente para que no viera el avestruz calvo.

Faltaban seiscientos ochenta y ocho conversaciones. En ese preciso instante, seiscientos ochenta y ocho me parecían una barbaridad.

Una mañana, varios días después, tuve que interrumpir a Madame Surrugue durante su recorrido por la agenda: «Un momento, ¿qué acaba de decir? ¿Así que al final le ha dado hora a la mujer alemana?».

Movió la cabeza con un único y resuelto movimiento afirmativo.

«Sí, debo decir que ha sido muy insistente. Está firmemente decidida a someterse a terapia y por lo que parece ha oído hablar bien de usted».

Solté sonoramente el aire por la nariz; ¿desde cuándo había motivos suficientes para contravenir mis instrucciones?

«Le expliqué que usted solo iba a ejercer medio año más. Y se ha mostrado enteramente conforme, así que negarse me pareció, con franqueza, fuera de lugar».

Tenía razón. Si la mujer alemana se conformaba de veras con medio año, el hecho de admitirla no chocaba con lo ético, y encima debería estar contento por el dinero adicional. Sin embargo, no lograba sacudirme el disgusto. ¿Cómo se había atrevido Madame Surrugue, en contra de mi expreso deseo, a meter a la fuerza todavía una persona más en esa vida que yo intentaba despejar?

Pero el caso era que la mujer, que por lo visto se llamaba Agathe Zimmermann, ya tenía una cita para el día siguiente a las tres, y yo no veía la forma de cambiar aquello.

Cuando el último paciente abandonó el despacho, fui hasta donde se encontraba Madame Surrugue, que estaba recogiendo sus cosas. Me miró como quien busca algo y preguntó si había sido un día duro. Me encogí de hombros y dije que lo mismo que muchos otros antes. En realidad aún seguía enojado con ella, aunque esperé a que reuniera todas sus cosas y se pusiera la chaqueta para así sujetar la puerta y que ella pasase.

«Gracias», dijo, y salió bajo una llovizna casi imperceptible.

Asentí y cerré la puerta detrás de nosotros.

«De nada. Buenas tardes».

«Buenas tardes, Monsieur. Hasta mañana».

Camino de casa las piernas tiraban de mí cada una en una dirección. Me imaginé que una de ellas quería llevarme a casa para comer algo de pan, sentarme en mi cómodo sillón y poner las piernas encima del taburete mientras escuchaba música de Bach y llegaba la noche. La otra se mostraba inquieta y me recordó aquella vez de niño en que sufrí dolores debidos al crecimiento. Las rodillas me dolieron tanto que lloré, pero mi padre, sin apenas levantar los ojos del cuadro en el que trabajaba, me dijo: «Simplemente te estás haciendo mayor. Ya se te pasará».

A lo mejor la pierna anhelaba viajar. Nunca había ido más allá de París, jamás cruzó una frontera. Ahora al cabo de los años, ya tan viejo, no iba a ser posible, y el dolor era permanente.

En cualquier caso, yo decidía qué dirección tomar y conduje mis pasos renqueantes a través del frío vespertino hasta llegar a la puerta del jardín en la rue des Rosettes número nueve. La calle olía de modo insistente a tierra recién cavada; varios de mis vecinos habían hecho arriates y pasaban horas escardando y plantando semillas. En cuanto a mí, cultivaba obstinadamente islas de musgo que crecían igual que anillos en el mar de hierba.

Después de que hube comido, cuando las suaves oscilaciones de los violines llenaban el espacio en torno a mí como si fueran algodón, me asaltó una secuencia de pensamientos que cada vez con mayor frecuencia me importunaba. Y aunque la venía venir y sabía el malestar que me provocaba, no la rechazaba. De alguna manera lo que deseaba en el fondo era estar allí sentado totalmente solo y sentir pena de mí mismo.

Siempre empezaba del mismo modo: ¿por qué nadie me había contado lo que sucede con el cuerpo cuando uno se hace viejo?

¿Por qué no me hablaron de los miembros doloridos, la piel sobrante y la invisibilidad? Envejecer, pensé mientras me inundaba la amargura, consiste sobre todo en comprobar cómo la diferencia entre el yo de uno y su cuerpo va aumentando progresivamente hasta que un día uno se vuelve un completo extraño para sí mismo. ¿Qué había en ello de hermoso o natural?

Y justo cuando el disco llegó a su fin y el silencio me abandonó a la soledad del cuarto de estar, vino el golpe mortal: no había salida. Tenía que vivir en aquella traidora cárcel gris hasta el día en que acabase conmigo.

**Saint Stéphane,  
Montpellier, 21 de junio de 1935**

Informe acerca de Agathe Zimmermann

En términos generales la paciente no se ha mostrado comunicativa desde su ingreso esta mañana, por eso parte de lo que se consigna a continuación procede de sus antiguos historiales.

Antecedentes:

Mujer alemana de 25 años, casada, emigra a Francia en 1929 para estudiar. Con 15 años se observan en ella conductas de autolesión e intentos de suicidio, hallándose durante la adolescencia bajo el control regular del médico local Dr. Weinrich.

La paciente procede de una familia acomodada compuesta de madre, padre y una hermana dos años menor. No hay patologías psíquicas en la familia excepto una tía por línea paterna que pasó la mayor parte de su vida adulta en un manicomio de Viena. El padre es ciego, pero trabajador por cuenta propia, la madre es ama de casa.

Situación actual:

La paciente es ingresada en el día de hoy tras haber acudido a su propio médico quejándose de extrema tristeza y pensamientos suicidas. Aun así, se opone a este ingreso. Presenta histerismo y exaltación, y se la ha inmovilizado. La paciente aparece pálida, desnutrida y con arañazos en el rostro, también le faltan mechones de pelo.

Resulta difícil comunicarse con la paciente, pero grita y llora cuando se la deja sola.

Alergias: no conocidas.

Plan de actuación: Se evaluará posible psicosis (dem. praecox), observación de la paciente durante los próximos días. Administración de éter en caso necesario e hidrato de cloral, 20 mg por la noche.

Dr. M. Durand, jefe dpto.

«Así que volvemos a vernos. Pase, Madame Zimmermann», le dije a modo de saludo, y estreché su mano excesivamente fría. Llevaba una falda marrón y una informe blusa negra de cuello alto que parecía al menos dos tallas demasiado grande para su escuálido cuerpo. La intensa mirada del otro día había desaparecido y en aquel preciso instante resultaba difícil imaginar cómo pudo imponerse al doctor Durand y a Madame Surrugue.

¿Lograría yo quitármela de encima?

«Siéntese en el diván y póngase cómoda». Con un gesto le indiqué el canapé de color verde y yo me senté en la hundida butaca cuyo asiento parduzco se hallaba tan desgastado que en algunos lugares parecía casi negro.

«Gracias, pero primero de todo tiene que prometerme que dejará de llamarme Madame Zimmermann. Llámeme Agathe si es tan amable».

No era usual llamar a las pacientes casadas por su nombre de pila, pero tampoco pasaba nada por plegarse a su deseo. «Como usted quiera».

Esbozó una sonrisa y echó un vistazo a su alrededor, a la habitación que, además de la butaca y el diván, contenía un escritorio con su silla a juego, también dos altas estanterías llenas de libros, que una vez reuní y leí con enorme afán. Después se sentó con precaución, se giró y por fin se tendió sobre la espalda.

«Bien. De todos modos, quisiera en primer lugar volver a sugerirle que busque ayuda en otro sitio», comencé diciendo. «Como ya sabe me retiro dentro de poco, en menos de medio año, y para serle sincero no podré curarla en tan corto período de tiempo. Le convendría más encontrar a alguien que pudiera acompañarla durante todo el proceso, un médico en París quizá».

Agathe se incorporó de golpe y exclamó: «¡Ni pensarlo! No quiero que me ingresen ni tomar medicinas; solo deseo tener a alguien con quien hablar y he decidido que sea usted». Había sacado el mentón y clavaba sus ojos en los míos con una mirada que me decía que para librarme de ella tendría que sacarla arrastrándola del pelo. Asentí con un suspiro.

«Si verdaderamente es eso lo que quiere».

«¡Sí, así es!».

«Perfecto. En caso necesario puedo ponerla en manos de alguno de mis colegas el día que nuestro tiempo juntos llegue a su fin». Ella se encogió de hombros como si le diera completamente igual y se tendió de nuevo. Con un rápido movimiento se secó bajo la nariz. Después se quedó quieta.

«Entonces le propongo», proseguí, «que empecemos viéndonos dos veces por semana, los martes a las tres y los viernes a las cuatro, una hora en cada ocasión. Mis honorarios son treinta francos la hora. Si no le es posible acudir le agradecería que avisara, no obstante, le facturaré todas las horas hasta el día en que decida dejar de venir».

Ella asintió. Volví a percibir el olor de su perfume, un soplo especiado que de vez en cuando alcanzaba mi nariz. ¿A qué me recordaba?

«Bien. Sepa que puede contarme con entera confianza todo lo que sienta. La mentira y callarse cosas no hacen sino retardar el proceso, y nada de lo que hablemos aquí saldrá jamás de esta habitación».

Como siempre concluía mi breve monólogo con una frase que tenía por finalidad invitar a la paciente a entablar conversación: «Y ahora me gustaría escuchar algo más acerca de lo que la atormenta».

Agathe titubeó y entrecerró un poco los ojos.

«He venido», dijo entonces con su marcado acento y quizá justo por ello de manera tan escrupulosa que todas las sílabas se oían con claridad, «porque he vuelto a perder las ganas de vivir. No me hago ilusiones de llegar a sentirme bien, pero al menos querría poder funcionar».

Por lo que parecía tenía ante mí toda una rareza, alguien que no pedía milagros. La inmensa mayoría de mis pacientes venían buscando ayuda para llevar una vida feliz y exenta de problemas, sin embargo esa no era una mercancía que yo distribuyera.

«¿Y qué es lo que le impide funcionar?», le pregunté.

Agathe comenzó a contarme sus síntomas. Sufría dolores de cabeza y eccema, lloraba a menudo y de repente podía estallar en violentos accesos de furia. O bien dormía demasiado o no dormía en absoluto, y finalmente tampoco era capaz de desempeñar ya su trabajo como contable de un auditor en la ciudad. Tras coger la baja por enfermedad unas semanas atrás, pasaba la mayor parte del tiempo llorando, gritándole a su marido Julian o echada en la cama en posición fetal. Yo escuchaba distraído sus lamentaciones mientras intentaba descubrir a qué olía ella.

«Algunas veces», dijo como en una ensoñación, «fantaseo con arañarme hasta sangrar o desfigurarme de tal modo que nadie pueda reconocerme».

La disparidad entre aquellas palabras y su completa falta de gestualidad resultaba chocante.

«¿Sí?».

«Me entran unas ganas irrefrenables de eliminar mi cara; no la merezco».

«¿Desearía tener otra en lugar de la suya?», le pregunté, pero ella negó con la cabeza.

«No. Solo quiero eliminarla».

Hice una breve anotación en mi bloc y volví a suspirar. Tal y como yo había supuesto estaba muy enferma y me sería imposible ayudarla en los pocos meses que tenía por delante. Maldije a mi testaruda secretaria; por su culpa ahora cargaba con una perturbada mental obsesiva a la que parecía habersele metido en la cabeza que yo podía librarla de sí misma.

«Comprendo», dije de todos modos. «Y voy a hacer lo que esté en mi mano por ayudarla. Vamos a dejarlo por hoy y nos vemos de nuevo entonces el viernes a las

cuatro».

«Gracias doctor», dijo Agathe circunspecta mientras me daba la mano para despedirse. «Significa mucho para mí».

**Saint Stéphane,  
Montpellier, 20 de agosto de 1935**

Informe acerca de Agathe Zimmermann

A las 8.12 horas del día de hoy se ha impedido el suicidio de la paciente con una hoja de afeitar.

Se desconoce cómo la ha conseguido. Antes de que la enfermera Mme. Linée la encontrase ya se había cortado en la muñeca derecha. Ha recibido ocho puntos de sutura con hilo de seda que será retirado dentro de 10-14 días.

Por el momento se halla inmovilizada y permanecerá así hasta que esté más calmada.

Desde su ingreso el 21 de junio se ha intentado tratar a la paciente en un principio con éter y después con ECT. El llanto ha disminuido, pero en general se muestra apática y difusa en el trato, aparte de aislados ataques de histeria. No presenta síntomas psicóticos manifiestos, las observaciones sugieren más bien una afección maníaco-depresiva.

Plan de actuación:

Se continuará el tratamiento con éter por la noche, así como durante los ataques. Ni salidas ni visitas, y se mantendrá la inmovilización excepto durante las comidas supervisadas. Si la paciente persiste en su conducta anoréxica se le administrará alimentación forzada.

Dr. M. Durand, jefe dpto.

Mi vecino tocaba el piano. No muy a menudo, aunque siempre la misma pieza desmañada, como si en realidad no supiese tocar, sino que se hubiera aprendido esa melodía de memoria. Yo no sabía qué era, pero con el tiempo me gustó y en varias ocasiones me sorprendí tarareándola mientras recogía después de comer o hervía agua para el té.

Después de un día especialmente largo y fútil en el despacho me quedaba dormido temprano en mi sillón, arrullado suavemente por su pausado tecleo al otro lado de una de esas paredes que separan pero al mismo tiempo generan cercanía. Porque nos conocíamos, él y yo. Llevábamos viviendo pared con pared tantos años que todos los ruiditos constituían hábitos que podíamos seguir sin mediar reflexión alguna —ahora era el momento de la obligada última visita al aseo antes de acostarse, ahora se despertaba y arreglaba para ir a la iglesia—. Primero se encontraba de un humor excelente, después triste y vacío —todo eso me lo figuraba a partir del modo en que le oía mover sus dedos por las teclas y en los silencios que había entre las señales de vida que daba—. Una vez transcurrió todo un fin de semana sin que yo oyese ni un solo sonido al otro lado, cosa que me intranquilizaba cada vez más. Lo que más me aterraba por supuesto era que pronto tendría que ir y llamar a su casa, de manera que sentí un enorme alivio cuando oí finalmente la puerta y supe así que aún vivía.

Dudaba de que pudiera reconocerlo si me lo encontraba por la calle. Generalmente yo iba sumido en mis pensamientos, pero aun en el caso de que hubiese prestado atención tampoco habría sabido qué buscaba. ¿Un hombre alto o bajo? ¿Conservaba algo de pelo? No tenía ni idea. Sin embargo, su ritmo, su cadencia al transitar por la vida, eso sí que lo conocía y reconocía. Me sentía en íntima conexión con él y, aunque yo no pudiera saberlo, estaba seguro de que a él le pasaba lo mismo conmigo. Cuando se me caía una taza al suelo de baldosas de la cocina o si rara vez me ponía a cantar, pensaba en él. Puede que se hallase al otro lado escuchando con la cabeza ladeada. O a lo mejor un día llamaba a la puerta para ver quién era yo.

Así reflexionaba yo. Sin duda sonará raro, porque comprendo que debo de parecer un hombre solitario, aunque tampoco se me pasó nunca por la cabeza que él fuera a ser otra cosa que un amigo invisible. ¿Por qué íbamos a tener algo en común en el mundo real? Desempeñábamos los papeles que nos habían sido asignados; dos personas que por azar se hallaban en el mismo lugar de una ciudad que albergaba veinte mil más, donde la inmensa mayoría de ellas eran extrañas entre sí.

Jamás fui de los que quebrantan un movimiento de inercia, de modo que, a pesar de que no hubiese más que doce metros entre su puerta del jardín y la mía, nunca se me ocurriría tomar ese desvío.

«Es como si yo anduviese por ahí con uno de esos cabases, ¿sabe usted esos maletines donde las niñas llevan sus juguetes?».

Emití un murmullo afirmativo.

«Está cerrado y yo lo aprisiono contra mí cuidando de que no se abra. La gente a mi alrededor lo ve y piensa que está lleno de todo lo imaginable —conocimiento, buenas cualidades, destrezas y cosas por el estilo—, y mientras permanezca cerrado nadie sabrá la verdad. Pero de repente tropiezo y se me cae el cabás, entonces se abre ¡y en ese instante su contenido queda vergonzosamente al descubierto para todos! El maletín está vacío, ¡no hay absolutamente nada dentro de él!».

Agathe yacía boca arriba con las manos entrelazadas bajo el pecho y los ojos abiertos por completo mientras hablaba. Desde mi posición en diagonal detrás de ella podía observar hasta su más mínimo movimiento al tiempo que quedaba cómodamente oculto. Sus negras pestañas vibraban un poco, el pecho ondeaba de forma rítmica arriba y abajo, pero aparte de eso no había ningún otro movimiento.

La voz fluía sonora y desinhibida.

«Hum», volví a murmurar. Ese modesto sonido, que no exigía nada, bastaba la mayoría de las veces para lograr que los pacientes hablaran.

«¡Es espantoso!». Su voz cobró energía. «Me siento una traidora que a cada instante se arriesga a ser desenmascarada, la única incógnita es quién lo hará y cuándo. De manera que me quedo en casa metida en la cama y de repente ha pasado una semana».

Consideré qué opciones tenía. Dejar que siguiera hablando, plantear una pregunta o intervenir. Como no se me ocurrió nada razonable que decir, pregunté: «¿No hay nadie que conozca el contenido de su maletín? ¿Su marido, por ejemplo?».

«Julian y yo mantenemos una relación complicada».

«Comprendo». Tanteé otro camino: «¿Qué ocurriría si usted misma abriese el maletín o simplemente lo dejase en casa y saliese tal y como está usted?».

Ella rio, pero fue un sonido comprimido, insulso, que nada tenía que ver con la alegría.

«Eso, doctor, significaría tanto como desaparecer. ¡Ese maletín es todo lo que poseo!».

Toda esa charla sobre maletines resultaba fatigosa, me dolían las rodillas y sentía presión en las sienas. Cuidadosamente, a fin de no perturbar a Agathe, estiré y doblé las piernas unas cuantas veces. Sirvió. Faltaban diecisiete minutos para que pudiese cerrar la puerta detrás de ella y complacerme en las cifras de la jornada, que con tranquilizadora determinación se encaminaban hacia el cero.

«Dígame algo más acerca de lo que la gente cree que usted guarda en el maletín, Agathe», le pedí, distraído mientras añadía los contornos de un ala rota al gorrión desgredado de mi bloc.

Sin duda alguna uno de los peores momentos de mi trabajo era hablar con gente que había perdido a un ser querido. Prefería mil veces un estado severo de ansiedad o un individuo que sufre las consecuencias de un desarrollo complicado; contra la muerte no se podía hacer nada y nunca supe cómo actuar frente a pacientes en duelo.

Pero cuando uno ejerce durante medio siglo es imposible no toparse con ello, y un día Monsieur Ansell-Henry llegó tarde a una de sus citas por vez primera en toda nuestra trayectoria juntos. AnsellHenry tenía ideas obsesivas y por lo general no se le podía poner tacha alguna: llegaba y se iba a tiempo, respondía a lo que se le preguntaba, y el traje de chaqueta a medida, exento de manchas, le sentaba como una prolongación lógica de su cuerpo rígido. Hasta aquel día.

«Mis excusas, doctor», murmuró cuando entró arrastrándose en el despacho casi veinte minutos tarde y se desplomó en el diván.

«Bueno, Monsieur, pase, casi había renunciado a verlo hoy», dije preguntándome si AnsellHenry se encontraba enfermo. Parecía que acabara de levantarse y hubiese acudido con la misma ropa con la que había dormido, y estaba claro que venía sin peinar ni afeitarse.

De inmediato empezó a sollozar.

«Pero ¿qué ha sucedido?», le pregunté. No obstante él se limitó a sacudir la cabeza y hundió el rostro entre las manos. Su cuerpo entero se agitaba descontrolado. Primero me quedé mirándolo, después lancé un vistazo a la puerta cerrada invadido por un fuerte impulso de llamar a Madame Surrugue. Ella sabría qué hacer; era evidente que el asunto requería de la atención femenina más que del análisis clínico.

Por hacer algo de todos modos me levanté y tomé un pañuelo de papel de la caja de madera del estante.

Entonces carraspeé y dije: «Veo que está sufriendo, pero tiene que contarme lo que ha sucedido para que yo pueda ayudarle».

Al principio pensé que no iba a responder, entonces alzó levemente la cabeza.

«Marine ha muerto», oí a trompicones entre los hipidos de su respiración, «murió ayer».

Marine era la esposa de Ansell-Henry y la única persona en este mundo por la que él sentía afecto. Ante todos los demás se mostraba redicho y reservado, de algún modo ella había logrado atravesar su coraza.

Mi paciente se irguió, tomó el pañuelo que yo le ofrecía y secó sus ojos para terminar sonándose la nariz con energía. Después parpadeó confundido y me miró verdaderamente por vez primera. Yo correspondí a su mirada, aunque no sabía qué decirle. ¿Qué esperaba de mí? Mis manos parecían animales inquietos en mi regazo, así que agarré fuertemente mi mano izquierda con la derecha y apreté.

«Lo lamento», dije.

Asintió, aunque seguía sin apartar su mirada de mí. ¿Percibiría mi lucha interior?

¿Resultaba tan obvio que yo no tenía idea de qué hacer para ayudarlo?

«Como es bien sabido, durante los períodos de honda pesadumbre similares al que ahora sufre usted, puede darse una regresión a fases anteriores», comencé a decir mientras sentía que por momentos me aceleraba al hablar. «A lo mejor nota que se enfurece en mayor medida de lo que suele hacerlo o que durante un tiempo pierde el interés por sus quehaceres cotidianos. Es algo del todo natural y no debe alarmarse por ello. Se le pasará». Le dediqué una sonrisa que esperaba transmitiera ánimo. «Todo esto se le pasará por completo».

Ansell-Henry frunció el ceño. Incapaz de sostener por más tiempo la mirada de sus ojos, bajé los míos al bloc donde anoté un par de palabras al azar.

«Mi esposa va a ser enterrada dentro de tres días. La única persona que he querido en toda mi vida ha muerto», su voz henchida de llanto se quebró, «¿y usted dice que se me pasará?».

Mi boca se había quedado tan seca de pronto que resultaba difícil despegar la lengua del paladar.

«No era eso lo que yo pretendía», me compeli a decir. «Siento muchísimo semejante pérdida, Monsieur». No pude añadir más. Separé los brazos del cuerpo en señal de impotencia. «¿Podría sugerirle que aplazáramos nuestra conversación hasta que usted vuelva a hallarse en disposición?».

El pañuelo hecho una bola arrugada que él había dejado tras de sí sobre la mesa al marcharse se desdoblaba lentamente. Seguí el movimiento con la mirada mientras transcurrían los minutos y por algún motivo me era imposible arrancarme del instante. Incluso una vez que se hubo quedado completamente quieto igual que un nenúfar solitario sobre la pulida superficie de caoba, permanecí allí sentado.

Respiré hondo varias veces llenando los pulmones, balanceé la cabeza de un lado a otro y roté los hombros a fin de que circulase la sangre. Con frecuencia se me agarrotaba especialmente la parte izquierda del cuerpo, que era la que quedaba frente a la ventana.

Después abrí la puerta.

«Buenos días, Agathe, pase».

Parecía que resollara un poco; a menudo llegaba en el último momento y ni siquiera le daba tiempo a sentarse en la sala de espera antes de que yo la llamase.

«Gracias, doctor».

Después de colgar la chaqueta y desembarazarse de una enorme bufanda de punto, se echó en el diván. Aquel día llevaba un vestido lila y bailarinas de color negro, su cabello oscuro le caía suelto sobre los hombros. El flequillo recortado la hacía parecer más joven de lo que era, de modo que allí tendida sobre el canapé con las manos unidas sobre el estómago me recordaba a la niña de un cuento que una vez leí.

Unas semanas antes le pedí que anotase todos sus sueños, y por propia iniciativa empezó a contarme el último: «Un hombre al que no conocía quería que yo mirara a través de unos prismáticos que traía consigo. Primero la imagen era borrosa, pero una vez que giré las lentes apareció clara ante mí. Se veían intestinos, pulmones, corazón, todos los órganos imaginables. Los prismáticos estaban dentro de mí, ¿comprende?».

En términos generales ella no había mencionado a su familia a lo largo de las sesiones que llevábamos, pero la intuición que me decía que nos encontrábamos a las puertas fue confirmada de inmediato.

«¿Qué le viene a la mente cuando digo prismáticos?», pregunté.

«Mi padre».

«¿Y por qué?».

«Mi padre era ciego. Poseía tal habilidad en las manos que podía reparar relojes y hacer funcionar cosas que nunca había visto. Tenía un pequeño taller al que la gente acudía con aparatos rotos, entonces ellos le contaban cómo eran y para qué servían. Después se sentaba junto a todos sus pequeños cuencos y cajitas que contenían componentes y conseguía arreglarlos, ya le costara días o semanas, dependiendo de la complejidad del mecanismo. Pero lo cierto es que volvían a funcionar perfectamente».

Sonrió con las comisuras de los labios hacia abajo. «En una ocasión una mujer que venía de Suiza le entregó un reloj. Un elegante reloj de bolsillo de oro. Después de veinte años se había parado y él tardó cinco semanas en hacerlo funcionar de nuevo. Las piezas eran tan diminutas que yo apenas podía agarrarlas con los dedos, no obstante, él tenía una especie de pinzas pequeñas...». Su voz se extinguió.

«Y los prismáticos del sueño ¿hacen referencia entonces a la ceguera de su

padre?», pregunté.

«No de manera directa, no. Mis padres esperaron mucho tiempo antes de tenerme. Temían que la deficiencia de él fuese hereditaria y que yo también naciera ciega, pero finalmente hablaron con un médico que descartaba que eso sucediera. Así que mi madre se quedó embarazada. Sintieron un gran alivio cuando los médicos confirmaron que mis ojos funcionaban perfectamente, y para el bautizo mi padre me regaló unos prismáticos con una inscripción».

«¿Y qué decía?».

«*Für Agathe, der Apfel meines Auges*».

Aquellos extraños sonidos no me decían nada, pero ese concienzudo acento que ponía en cada una de las letras, incluso en las eses finales, le sentaba justo como un guante a Agathe. Su nombre sonaba distinto en alemán y me pregunté si no le disgustaría oírlo continuamente mal pronunciado. *Agathe*; me entraron ganas de decirlo en voz alta, tal y como ella acababa de hacer, pero me contuve.

«Significa algo así como “mi globo ocular”», aclaró ella.

«O “la niña de mis ojos”, quizá», sugerí yo, y concluí: «Pues ahora, aquí en mi consulta, tiene que enfocar los prismáticos hacia usted misma».

En ese preciso instante caí en la cuenta de qué fragancia desprendía ella. Olía a manzanas asadas al horno con canela, como solía hacerlas mi madre.

La cifra de la jornada era quinientos veintinueve y yo me desperté a las seis y veinticinco de la mañana con palpitaciones y un fuerte hormigueo en mi pierna izquierda. Al principio creí que habría dormido en mala postura, pero no se me pasó después de haber dado una vuelta por el salón. Aquí no hay suficiente espacio, pensé irritado cuando mi cadera golpeó contra la mesa, ¿y si me desplomara aquí mismo? ¿Cuánto tiempo podría llegar a transcurrir antes de que alguien me encontrase? Sentí la vehemente necesidad de tomarme el pulso aunque sabía que eso no haría sino empeorar la situación, en lugar de ello procuré tranquilizarme diciéndome que si moría de un ataque al corazón justo en ese instante, al menos todo habría pasado ya. Y en tal caso daría exactamente igual que me encontrasen o no.

Aquello resultó y media hora después cerraba la puerta tras de mí. Con la cartera en una mano y el bastón en la otra di la vuelta a la esquina para cruzar la rue Martin y continuar cuesta abajo. El camino parecía más empinado que cinco años atrás. Hay cosas como esa que uno descubre al hacerse mayor: que las aceras son irregulares, los adoquines están torcidos y que tendría que haber valorado más las piernas mientras funcionaban bien.

Aquel día di un pequeño rodeo a fin de pasar por un café que durante años había empleado como escenario de una singular fantasía. Se originó el día en que por casualidad vi a una pareja de mediana edad sentada en el interior frente a una de sus mesitas. Por algún motivo me quedé parado en la calle mirando cuando ella alzaba su mano y acariciaba la mejilla de él. Entonces él se inclinó hacia su mano y sentí, exactamente igual que si fuese yo el que se sentaba allí, cómo el calor fluía del uno al otro volviéndose imposible saber quién era quién.

Desde entonces convertí en hábito echar una mirada al café e imaginarme que un día podía ser yo quien se sentara ahí.

En ese momento no había más que unas pocas personas con periódicos y el café de la mañana, y tras un único vistazo escrutador giré en dirección a la clínica.

Al llegar Madame Surrugue se levantó del escritorio para venir a mi encuentro. Pero falló nuestra sincronización; le di el abrigo al tiempo que ella iba a por mi bastón, y cuando quise entregárselo, nuestras manos chocaron. Era extraño porque con el paso de los años cada movimiento había sido reducido a lo absolutamente imprescindible y por lo general todo fluía sin que ninguno de los dos pensara en ello. Evité mirarla, la situación resultaba incómoda, y lo único que deseaba era ir a refugiarme en mi despacho. Tomé la pila de historiales mientras emitía un sonido que podía significar gracias y hui.

Por fortuna, en el mismo instante en que me hundí en la silla, olvidé del todo a Madame Surrugue. Hojeé someramente las anotaciones, pero enseguida mis pensamientos se dispersaron. Supongamos que se demostrara que la vida en el exterior de aquellas paredes fuera igual de fútil que en su interior; ciertamente era una

posibilidad. ¿Cuántas veces había escuchado las quejas de mis pacientes sintiéndome dichoso de no llevar la vida de ellos? ¿Cuántas veces miraba con desprecio sus rutinas o me divertía a hurtadillas con sus estúpidas preocupaciones? Caí en la cuenta de que yo me había forjado la idea de que la auténtica vida, el pago por todas mis fatigas, llegaría el día que me jubilase. Pero, sentado allí en ese momento, no fui capaz de entrever cuál iba a ser el contenido de esa vida que justificara la ilusión por que llegase. ¿Acaso no eran la angustia y la soledad lo único que me cabía esperar con total seguridad? Qué patético. Yo era exactamente igual que ellos, pensé, y salí a recibir al primer paciente del día con un dolor sordo en la cadera y una molestia intermitente bajo las costillas.

A lo largo de los años había tratado a un buen número de pacientes maníacos, y se les notaba inestables, nerviosos o incluso algo psicóticos —en una ocasión hablé con un hombre que se jugó toda su fortuna en tres días maníacos porque creía poseer un don divino para designar los caballos ganadores.

Sin embargo, Agathe era distinta. Aun siendo evidente que lo estaba pasando mal, acudía fielmente a cada una de las sesiones de terapia, y mi impresión general era que parecía triste. Por esa razón empecé a pensar si el diagnóstico del Saint Stéphane sería de veras correcto, y un día decidí preguntarle a ella misma.

«Agathe, cuando usted vino aquí traía por supuesto su historial consigo y en él me ha sorprendido una cosa».

«¿Ah, sí? A mí me han sorprendido varias», dijo agria. «Por ejemplo, no entiendo cómo puede servirle de ayuda a una persona desgraciada que la aten a una cama y reciba corriente eléctrica en el cerebro».

«No, claro», reconocí, pues yo tampoco había sido nunca partidario de la terapia electroconvulsiva ni de la terapia de choque insulínico. «Pero dicen que sí tiene efectos beneficiosos en casos difíciles».

Ella se encogió de hombros.

«Pues de todos modos a mí no me ha beneficiado en absoluto».

«Lo que me sorprende», expliqué, «es su diagnóstico. Llevo hablando con usted más de dos meses y a mí me parece que básicamente es depresiva. ¿Sigue sufriendo episodios maníacos?».

Agathe se quedó reflexionando un momento.

«No estoy segura de saber lo que se considera maníaco. Pero tengo importantes accesos de ira y de vez en cuando me siento invadida por una energía especial y entonces casi me resulta imposible dejar de infligirme daño a mí misma. El otro día me hice esto». Levantó su flequillo y reveló una pequeña pero profunda herida en la sien.

«Un armario», dijo.

«Una estupidez», respondí lacónico pensando que en definitiva el diagnóstico bien podía ser exacto.

«Me alegra pagarle una cantidad tan enorme de dinero para que penetre hasta los rincones más escondidos de mi mente, doctor».

«*Touché*», dije sin poder evitar una sonrisa.

Cuando se hubo marchado consideré si no sería yo el que en realidad se estaba volviendo bipolar. Porque, aunque seguía repitiéndome a mí mismo que Agathe representaba un engorro y que jamás debería haber venido, ¿no era a la vez cierto que había empezado a disfrutar de nuestras conversaciones? ¿Y no ocurría también, para

ser totalmente sincero, que procuraba no ventilar los días que ella había estado aquí para mantener la fragancia de manzanas durante un poco más de tiempo?

*28 de abril de 1948*

*Buenos días, Monsieur:*

*Por motivos personales me veo obligada lamentablemente a ausentarme del trabajo durante un par de semanas y puede que más tiempo. He dejado preparados los historiales de hoy y los demás están, como sabe, archivados por año y apellido detrás del escritorio. ¡Mis más sinceras disculpas!*

*A. Surrugue*

A lo largo de los treinta y cinco años que Madame Surrugue había trabajado para mí, solo en dos ocasiones cogió la baja. La primera cuando su madre murió, la segunda por causa de una grave pulmonía que la obligó a guardar cama durante algunas semanas, por eso generó en mí cierta alarma leer su carta. ¿Qué podía haber sucedido?

El sol primaveral brillaba con insistencia y el aire de la consulta se percibía encerrado y sofocante. Abrí una ventana de par en par y tomé la pila de historiales de la jornada. La amplia habitación parecía extrañamente vacía sin mi secretaria, pues aunque con los años no hubiéramos llegado a tener familiaridad, y mucho menos amistad, ella se había convertido en una parte tan fundamental de mi lugar de trabajo como pudiera serlo el diván o mi butaca.

Las conversaciones del día transcurrieron sin que ninguno de mis pacientes lograra sorprenderme ni interesarme. Primero, la neurótica Madame Olive, que abrillantaba todo el servicio de mesa de la casa cada mañana antes de que el resto de la familia se levantara. A continuación, Madame Mauresmo, cuyo marido la había tratado tan mal que debería haberlo dejado mucho tiempo atrás, pero en cambio transformaba su enojo en vergüenza antes incluso de que pudiera notarlo. Y por último Monsieur Bertrand, que más bien echaba en falta alguien con quien hablar. En un principio vino a mí quejándose de dolores en el pecho, y aunque sigo escuchando de vez en cuando el retumbar de su corazón, nuestras charlas giraban sobre todo en torno a sus dificultades a la hora de hacerse valer frente a sus hijos.

Me hallaba sentado en la silla en un estado similar al de trance mientras escuchaba lo esencial del relato de Monsieur Bertrand cuando se oyó un repentino estruendo en la antesala. Me excusé ante mi paciente para apresurarme a ver qué pasaba afuera. Un jarrón con flores amarillas estaba volcado sobre el enorme escritorio de Madame Surrugue y los papeles aparecían desperdigados por el suelo. Tardé un instante en darme cuenta de lo sucedido. Por supuesto me había olvidado por completo de la ventana abierta y ahora el viento me castigaba por ello. Los pacientes que hubieran esperado ahí sentados debían de haber permanecido también en medio de la corriente, y una vez más me vi echando en falta a mi secretaria. Cerré la ventana y recogí lo imprescindible, tras lo cual regresé con mi paciente y enseguida concluí la conversación con él.

«Hasta la próxima semana, doctor».

Esas palabras exactas decía Monsieur Bertrand cada vez que terminábamos una sesión, y quizá todo fuera repetición, en efecto, cuando uno llegaba a mi edad. Cuatrocientos cuarenta y ocho, pensé en un intento por darme ánimos. Únicamente me vería obligado a hablar cuatrocientos cuarenta y ocho veces más con estas

personas, a las que después de tanto tiempo ya ni siquiera hacía esfuerzos por entender.

Tras el desfile de la mañana recorrí el corto trayecto hasta Mon Goût. El dueño, cuyo nombre desconocía, pero cuyo rostro picado de viruelas veía cinco veces a la semana desde que el restaurante abrió, asintió en silencio en dirección a mi mesa. Poco más tarde regresó con un gran plato de patatas con bechamel y jamón glaseado.

Mon Goût no era famoso por la alta categoría del servicio ofrecido, pero el plato del día solía ser extraordinario y mi mesa siempre estaba vacía. Mientras esparcía el parmesano sobre las patatas y devoraba mi comida, me divertía recordando qué platos se ocultaban bajo los diferentes números del menú. Después de terminar la comida y enjuagarme con los dos habituales vasos de agua, había acertado veintitrés de veinticuatro.

Llegó al fin jadeando, con las mejillas al rojo vivo, y yo me erguí en la silla. Tampoco había motivos para parecer más viejo de lo que era.

«Buenos días, Agathe, pase».

«Buenos días, doctor», respondió sin aliento, «¡lamento el retraso!».

Colgó un abrigo *beige*, que no le había visto antes, en la percha y preguntó: «Dígame, ¿qué ha pasado con su secretaria?».

«Por desgracia mi secretaria no va a poder venir durante algún tiempo».

«Vaya. De modo que está solo, usted también».

Ella sonrió cómplice, y yo mordí el anzuelo: «¿Luego está usted sola, Agathe?».

Se encogió de hombros, se sentó muy adentro del diván para tenderse mediante cuidadosos movimientos, como si se adaptase a una plantilla que solo ella pudiese ver.

«Lo estoy en cualquier caso. Hay algo solitario en el hecho de no vivir. Como si vieras que otros juegan mientras tú tienes la pierna rota».

Dicha sensación la conocía más que de sobra, pero afortunadamente yo me hallaba sentado en la silla mientras ella yacía en el diván.

«Agathe, a menudo habla como si la vida se hubiese acabado y usted fuera la culpable de haberla echado a perder. Sin embargo, cada instante le brinda la oportunidad de hacer algo de lo que pueda sentirse orgullosa».

Era difícil no encontrar repulsiva mi propia impostura. ¿De qué elección podía sentirme orgulloso? ¿Qué grandes planes tenía en relación con mi futura vida de jubilado?

Agathe negó con la cabeza.

«Ya es muy tarde para que me admitan en una buena escuela, y en el caso de que supiera lo que quiero tampoco podría permitírmelo. Si por ejemplo quisiera tomarme en serio el piano o el canto debería haberlo hecho antes. Ahora soy demasiado mayor, doctor».

Me figuraba que casi podía percibir la desesperanza en forma de densa neblina entre nosotros y me eché hacia delante en la silla para retener a Agathe: «No es posible que para todo sea demasiado tarde, Agathe. Creo que la vida consiste en una larga serie de elecciones que estamos obligados a tomar. Y solo si nos negamos a asumir dicha responsabilidad entonces nos dará todo igual».

Había pronunciado alguna variante de dichas frases, cientos, quizá incluso miles de veces, pero como no había llenado aquellas palabras con una experiencia positiva, real, continuaban siendo pura abstracción. En todo caso tenía la esperanza de que a Agathe le sirvieran de algo. Allí yacía con las cicatrices de sus muñecas, transparente y frágil como el cristal, y si bien yo me sentía un hipócrita, la intención era desde luego buena. Porque yo deseaba ayudarla de veras, y a su manera eso complicaba las cosas.

«Entiendo perfectamente lo que dice, doctor. ¿Cree que no he intentado repetírmelo a mí misma?».

«A veces ayuda oírlo en boca de otro», probé a decir.

«Es posible. Y pienso además que lo intento, pero la vida me rehúye continuamente. Está justo ahí; tan cerca que puedo olerla». Miraba soñadora delante de ella. «Pero sencillamente no encuentro la manera de entrar».

Después de que se hubo marchado, con pasos apenas audibles y su paraguas de rayas colgando flojo de la mano, empecé a especular acerca de qué significaría para ella vivir. Visto desde fuera eso era precisamente lo que hacía. Su corazón latía, tenía una formación y había fundado un hogar, luego si Agathe no vivía, ¿quién lo haría entonces?

Apagué la lámpara de la mesa y atravesé la consulta con el zumbido de lo efímero en los oídos. Costaba creer que pronto cerraría por última vez, e intenté imaginarme al médico que se establecería en la clínica después de mí. Un joven vital, lleno de empuje y soluciones rápidas, probablemente. ¿Sería él quien se ocuparía de continuar el tratamiento de Agathe?; ¿él quien terminaría por curarla? Quizá fuese un pensamiento egoísta, pero en ese caso prefería que ella no sanara.

Empleé largo rato en colocar los historiales en su sitio, porque eso me calmaba, y a continuación me senté en la silla que había abandonado Madame Surrugue detrás de la máquina de escribir. Fuera la luz se extinguía.

A pesar de los esfuerzos que hacía por ignorarlo, resultaba difícil negar la evidencia: mi angustia crecía. Cada vez más a menudo me despertaba con palpitaciones y la sensación de que la muerte me pisaba los talones, lo cual influía por descontado en mi trabajo. Empecé a dudar de mí mismo, y las interpretaciones que yo había aventurado una y otra vez se me pegaban al paladar, así que tenía que escupirlas en momentos tan poco oportunos que me pareció un milagro que nadie protestase. Pero los pacientes eran educados y estaban demasiado preocupados por ellos mismos, y toda esa mascarada se me volvió insufrible cuando el último de aquella semana cerró por fin la puerta tras de sí. Ni siquiera las cifras de la jornada lograron consolarme. Si al menos alguno se hubiese puesto firme preguntándome a qué demonios estábamos jugando, pensé mientras cerraba la puerta del armario archivador con tal violencia que las llaves cayeron al suelo. Afortunadamente Madame Surrugue no se hallaba presente para ver cómo trataba yo sus queridos muebles.

Inspiré, retuve el aire y lo expulsé de nuevo pesadamente.

Las manos me temblaban un poco, las voces de los pacientes zumbaban en mi cabeza y se agrupaban alrededor de las sienes en una colectiva cacofonía quejumbrosa. ¿Sería posible que en realidad todas las personas lo pasaran tan mal o simplemente yo veía solo a los infelices? ¿Habría alguien en esos pequeños hogares de ahí fuera que se fuera satisfecho a la cama y supiese por qué razón se levantaba al día siguiente?

Me di cuenta de que me había olvidado de comer. No sabía en qué se me había ido el tiempo y por un breve instante tuve mala conciencia por haber dejado a mi anfitrión picado de viruelas esperando en vano. Entonces aparecieron las náuseas y urgí a mis piernas para que me llevaran hasta el pequeño aseo donde tomé algunos sorbos de agua fría directamente del grifo. El sudor me cubría la espalda a modo de membrana adicional, el corazón me latía a doble velocidad.

Cerré el grifo y me erguí. La consabida succión de levedad recorrió mi cuerpo y me agarré con fuerza al lavabo para no perder el equilibrio.

Cuando miré el espejo buscando mi rostro, estaba vacío. ¡No había nadie! Y aunque sabía perfectamente que no teníamos ningún espejo allí, antes de que cayera en la cuenta pasó el tiempo suficiente para que el pensamiento se dejase oír: *¡Esa es la realidad exactamente!*

Me quedé allí de pie, apoyado en el frío lavabo de porcelana hasta que estuve seguro de que iba a poder marcharme sin caer. Entonces tiré de la cadena, abrí la puerta y abandoné el aseo echando una última mirada por encima del hombro a la blanca pared vacía.

Tras la experiencia en el aseo lo único que quería era ir a casa, de modo que dejé el resto de los historiales donde estaban y agarré sombrero y abrigo sin ponerme ninguno de los dos. En los días buenos, cuando mis rodillas no me dolían demasiado, hacía el trayecto subiendo por las sinuosas calles en nueve minutos y medio, pero en aquella ocasión todavía tardé menos porque iba casi a la carrera. Por el camino traté de convencerme de que yo era alguien. Quizá parezca un proyecto, pero un hombre puede llegar a dudar acerca de quién es. Ya no me quedaban familia ni amigos — seguramente la norma es tener contacto con gente si han de contar— y aparte de un interés sin cultivar por la música clásica, mis únicas aficiones eran beber un buen té y hacer mi trabajo como es debido. E incluso a este respecto las cosas parecían ir cuesta abajo.

En una gran casa bien conservada y muros tapizados de correhuela se veía a una mujer enorme sentada en el salón con el rostro de cera iluminado por la televisión. ¿De veras tenía que emplear el resto de mis días viendo un chisme semejante con las imágenes de gente que yo no conocía, haciendo arriates en el jardín, además de comer y dormir, mientras mi cuerpo se desmoronaba entre mis dedos?

Para empeorar la situación me vino a la mente un artículo que había leído hacía poco. Trataba del sorprendente número de hombres que morían justo al jubilarse, cuando comenzaban a disfrutar de todo ese tiempo que por fin tenían. Al menos así se acabaría el problema de encontrar a qué dedicarme, pensé sombrío mientras cerraba la puerta del jardín. Nada más entrar fui a abrir la nevera, pero fue una experiencia deprimente. Había un cartón con dos huevos, un tarro de mermelada, un poco de mantequilla y queso duro. Decidí que era uno de esos días en los que no me apetecía cocer huevos, así que preparé té y unté unas rebanadas de pan que me tomé en la mesa de la cocina oyendo el grave tictac del reloj. El pan estaba correoso, pero si comiera por deleite, el menú habría sido muy diferente.

Más tarde me senté en mi cómodo sillón con la mantita sobre las rodillas, dejando deslizarse las horas mientras escuchaba música y de forma refleja trasladaba la aguja del gramófono de nuevo al comienzo. Mi mano se movía totalmente por cuenta propia, de modo que llevar la aguja atrás se convirtió en parte de la obra, hacer retroceder el tiempo, que con el mismo movimiento lo empujaba hacia delante.

Después tuve que ir a orinar, y mientras me encontraba en dicha situación se me ocurrió pensar que ya no me masturbaba nunca. ¿Cuándo había sido la última vez? Miré hacia abajo y le di al desatendido miembro un apretón como consuelo antes de subirme la cremallera y retirarme. A continuación me puse mi gastado pijama azul y me acosté.

Un sábado por la tarde me dirigía a casa por la rue du Pavillon con mi compra de la semana. En la esquina donde la calle se cruzaba con el *boulevard* des Reines, pasé como de costumbre junto al pequeño café y cuando miré dentro la vi: Agathe.

Pero era una Agathe distinta de la que yo conocía. Llevaba puesta una blusa roja que hacía resplandecer su piel blanca, y aunque estaba sentada, todo su cuerpo se movía. Las manos formaban enormes círculos en el aire y los ojos brillaban oscuros bajo el flequillo mientras le contaba algo a las otras tres mujeres de la mesa. Especialmente hermosa se veía su boca cuando inclinaba la cabeza hacia atrás a causa de una risa casi incontrolable.

Sin mediar reflexión alguna me coloqué detrás de un árbol de un pequeño jardín situado en sentido oblicuo al café, desde donde podía ver la mancha roja que era Agathe. Intenté imaginarme qué aspecto tendría ella si fuéramos nosotros los que nos hallásemos allí dentro sentados uno frente al otro. Algo más serio que aquello que acababa de presenciar, pero con aquella misma boca blanda condescendiente, pensé, mientras en mi mente veía que ella se apartaba el pelo de la cara y se inclinaba hacia mí para depositar una mano sobre mi antebrazo.

Allí permanecí como cualquier indecente *voyeur* hasta que Agathe salió del café y se despidió de sus amigas. Realmente las piernas me dolían mucho por haber estado de pie tanto tiempo, sin embargo apenas si lo noté, y cuando ella comenzó a caminar hacia su casa a través de la ciudad, la seguí. Yo caminaba, claro está, con mis bolsas de la compra, embriagado por una creciente sensación de deseo y a la vez apesadumbrado por una muy conocida vergüenza. Por fin la vi entrar en una casa encalada de dos pisos en la rue de l’Ancienne. Se encendió una luz en el salón. Me resultaba extrañamente íntimo saber que ella dormía en aquel edificio, que allí se bañaba y vestía, y caminaba justo por esa acera cada vez que acudía a una sesión conmigo.

Me quedé un rato haciendo como si buscara algo en una de las bolsas. Alcé levemente un paquete de jamón cortado fino, moví el cartón de huevos. Sentía las pulsaciones golpear mis mejillas ardientes y tuve que esforzarme por inspirar el aire con calma. Entonces me armé de valor y pasé veloz por delante de su casa al tiempo que giraba la cabeza lo justo para mirar dentro. No sé lo que había esperado encontrar, pero ella estaba sentada de perfil en el borde de una silla con la vista clavada en el vacío, puede que se hallara a cuatro metros de mí. Su rostro parecía una máscara inerte, y solo cuando amusgué los ojos vi las lágrimas caer como gotas de tinta sobre la tela roja de la blusa.

Después de cerrar la puerta de mi casa, la excitación permanecía aún en mí igual que la réplica avivada de un terremoto. Sentía como si hubiese revelado un secreto que anhelase compartir con alguien; como si hubiese recibido un regalo maravilloso

pero prohibido. Mi cuerpo palpitaba mientras me representaba una y otra vez la boca abierta de Agathe, la blusa pegada a su delgado torso. Por un instante cedí al goce.

Entonces volví a abrir los ojos. Aquello no podía ser. ¡Agathe era mi paciente, yo su médico, y mi trabajo consistía en ayudarla! Con determinación tomé el abrigo y me apresuré a salir de nuevo al crepúsculo.

El aire del lago surtió el efecto de un necesario jarro de agua fría, así que una vez que hube dado una vuelta entera, la excitación desapareció. Cayó el cansancio sobre mí y cojeé hasta casa durante el último tramo con la imagen de Agathe llorando impresa en la retina.